



CAPÍTULO IX.

GUMESINDO había traído una carta de recomendación de un hacendado rico, co'indante de sus tierras, para uno de los jóvenes de nuestra aristocracia.

A las ocho de la mañana había ocurrido con su carta á buscar á la persona á quien venía dirigida; pero el portero al ver que Gumesindo preguntaba con cierto encogimiento, le contestó de mala manera:

—Hum!.... el niño Manuelito, decía V?

—Sí, el jóven.

—Pues si el niño no se levanta hasta las doce.

—Está enfermo?

—No, señor; qué enfermo va á estar el

niño! Es que vino tarde.—Oye, Feliciano, dijo dirigiéndose al lacayo que limpiaba el coche en el patio ¿como á qué horas vino el niño Manuelito?

—Pos yo *rigulo* que serían como á las cuatro. Vaya, con que á poco que lo oí subir fuí por la leche....

—Bien, puede V. volver á las doce; á esas horas sale de su cuarto y se va para Plateros. Á veces viene en la tarde á pedir el *faetón* ó el *buggy*; entonces vuelve como á las ocho, y después sólo Dios....

—Está bien; volveré un poco después de las doce, dijo Gumesindo. Se salió, y andando calles se paró donde encontró más gente, que fué en la 1.^a de Plateros, donde lo hemos dejado haciendo amistades con *esas señoras* y con *esos lagartijos*.

A la cuarta copa de cognac, Gumesindo empezó á sentirse expansivo, y reveló á sus nuevos amigos Pepe, Nito y Trujillo que debía separarse de ellos porque tenía un asunto.

—No, amigo, le dijo Nito, hoy es domingo, y no es día de asuntos; hoy no se

dedica uno más que al *muchachaje* y á la copa. Que nos traigan otra.

—No, por mi parte, objetó Gumesindo. No me siento muy bien con las cuatro que llevo, y además tengo que ver á este sujeto, añadió, sacando de su bolsillo la carta dirigida á Manuelito.

—Miren á quién viene recomendado este caballero, dijo Trujillo, y los otros dos pollos se acercaron á leer el sobre; le conocemos todos.

—¿Y pretendía V. buscarlo á estas horas en su casa?

—Sí, señores.

—Le precisa á V. verlo?

—Desearía.....

—Pues á estas horas está en el «Globo.»

—No, en «Iturbide,» dijo Pepe.

—Vamos á buscarlo.

—Vamos.

—Pero no sin tomar la quinta.

—Yo no puedo más, objetó Gumesindo.

—Nosotros tenemos una regla, dijo Nito, nunca tomamos pares.

—Por qué?

—Por que nos parece muy ridículo acabar en cuatro.

—Se ha notado, agregó Trujillo, que las copas pares son las que se suben.

Todas estas razones parecieron tan convincentes, que los cuatro amigos apuraron la quinta copa, y encendieron el quinto cigarro para dirigirse á buscar á Manuelito.

Antes que Gumesindo, el lector tiene derecho de conocer á este nuevo personaje de nuestra historia. Manuelito tenía veintiseis años y todavía lo mantenía su papá. Como había dicho muy bien el portero de su casa, se levantaba á las doce, tomaba chocolate, y se salía á la calle. Su primer cuidado era buscar á Arturo, su inseparable amigo, y el lugar de la cita era la cantina de Plaisant.

Manuelito y Arturo se saludaban tomando asiento cerca de una mesa predilecta. El criado, á quien ellos llamaban siempre por su nombre, los saludaba trayendo, sin previa orden, dos copas de ajeno.

La conversación se reducía á contarse

mútuamente sus impresiones amorosas. En seguida se dirigían al Hotel de Iturbide para buscar en el billar un partido, apostando el almuerzo para cuatro.

Este almuerzo empezaba por lo general á las dos de la tarde, y terminaba á eso de las cuatro. A las cuatro y media Manuelito iba á ver á una de sus novias. A las cinco y media iba al paseo, generalmente acompañado de Arturo; á las ocho tomaban chocolate, iban al teatro y cenaban en la Concordia entre doce y una de la noche; después..... no se sabía de ellos, ni tenían hora fija para recogerse.

Hacia cinco años que la vida de estos dos amigos era la misma, invariablemente.

Cuando se le preguntaba á la mamá de Manuelito por él, decía esa santa señora:

—Lo veo cada veinticuatro horas, si acaso, por que hay veces que no le veo la cara en tres días.

—Pero V. le permite...

—Ya le he dicho, replicaba la buena de la mamá; ya le he dicho que entre á salu-

darme todos los días, antes de marcharse, y luego que haga lo que le parezca. Ya Manuel es grande, y bien comprende que no debe sujetársele; ya está en edad de reflexionar y él hará lo que mejor le convenga; de manera que yo no me meto en sus asuntos. Afortunadamente nuestra posición no le permite apurarse por nada, y no tiene necesidad de trabajar, y mientras yo les viva no les ha de faltar nada á mis hijos.

Efectivamente, no les faltaba nada á los hijos de esta señora, más que ir á la cárcel.

Gumesindo y sus tres nuevos amigos encontraron á Manuelito en los billares de Iturbide, á la sazón que empezaba el partido para jugar el almuerzo.

—Este señor, dijo Trujillo, trae una carta para tí, Manuel; es el Sr. Gumesindo Ramírez.

—Servidor de V., dijo Gumesindo alcanzando apenas la copa de su gran sombrero canelo.

Manuelito leyó la carta, y al acabar tendió la mano á Gumesindo.

—Mucho gusto tengo en conocer á V., y me propongo, efectivamente, hacer la estancia de V. en la capital tan agradable como sea posible.

—Y sí lo hará, amigo, agregó Trujillo, porque este Manuel se *rapa una vidurria*...

—Tiene seis novias, dijo Pepe.

—No empiecen.

—Sin contar con las concubinas, como Salomón, dijo Nito.

—No haga V. caso de estos pillos, dijo Manuel poniendo cosmético á su taco; como ellos son muy léperos, juzgan mal á todo el mundo.

—Eso no es juzgar mal, al contrario, dijo Pepe.

—Pues Dios los cría y ellos se juntan, dijo Nito, porque si Manuel es un Tenorio, el Sr. Gumesindo es un D. Luís Mejía.

—Y yo sé quien va á ser doña Inés.

—Hay monja de por medio? preguntó Gumesindo.

—Cállate hombre, que vas á acabar por escandalizar á este señor.

—Decir que hay una doña Inés, no tiene nada de particular, porque el hecho es cierto.

—Realmente monja? insistió Gumesindo.

—Sí, señor; ya la conocerá usted, si gusta. Diga V. á Manuel que lo presente con la monja.

—Ya te oigo, bribón, dijo Manuel desde la esquina de la mesa, apuntando para hacer una carambola.

—Sea como fuere añadió después que hubo errado el golpe, me permite V., Sr. Ramírez, que lo invite á comer? Seremos cinco. Voy á presentar á V. con mis amigos. Arturo.... Y dijo los nombres de sus otros dos contrincantes en el juego.

Trujillo, Pepe y Nito, que no pertenecían al círculo aristocrático de Manuelito, disimularon su despecho por no ser también invitados, pues los tres hubieran aceptado gustosos el convite; sabían muy bien que Manuel era rico y generalmente garboso.

Trujillo que era el que tenía más confianza con él, no quiso quedarse con el desaire y exclamó:

—Nosotros sabíamos también que iban á ser cinco en el almuerzo, porque nosotros estamos invitados; de manera que aún cuando hubieran tenido la política de convidarnos, hubiéramos rehusado.

A Manuelito se le subió la sangre á la cabeza y exclamó.

—¿Sabes que estás muy bruto esta mañana? ya se te olvidó que tú comes conmigo cuando quieres.

—Sí, cuando tienes la bondad de considerarme.

Manuelito eludió continuar hablando sobre el asunto y Trujillo y sus dos amigos se separaron despidiéndose de todos en conjunto.

Al quedarse solo Gumesindo, fué invitado á jugar; pero él prefirió ser espectador.

Gumesindo, un poco turbado, comprendió que había sido introducido en un círculo aristocrático, y que aquellos cuatro jóvenes, que jugaban el almuerzo, pertenecían á familias distinguidas de la capital. Efectivamente, por medio de aquellos jóvenes ten-

dría entrada á todos los misterios del amor, del juego y de la embriaguez.

Cuando acabó el partido de billar, Manuelito se acercó á Gumesindo para preguntarle qué tomaba.

—Nada, señor, le contestó éste; los señores con quienes venía han tenido la bondad de invitarme y....

Usted debe tomar con nosotros una copa, dijo otro de los amigos de Manuelito, y lo dijo con el tono de un artículo de Código y con tal aplomo, que Gumesindo temió infringir alguna costumbre aristocrática si rehusaba.

Aceptó, pues, con un movimiento de cabeza, y los cinco jóvenes apuraron cinco cocktails de diferentes combinaciones.

Era la primera vez que Gumesindo tomaba cocktails, y le pareció aquella forma de envenenamiento más soportable que la del cognac puro, que por cinco veces le había raspado la garganta.

—A la salud de V., dijo Manuel tocando su copa con la de Gumesindo. Yo le ofrez-

co á V. que nos vamos á divertir, y á probarle que la persona que lo recomendó á V. conmigo sabe lo que ha hecho.

—Ya verá V. qué alhaja es este Manuelito, agregó uno de los amigos; y si, como creemos, es V. afecto al bello sexo, ya, ya va V. á ver como éste es un piloto, que le hará á V. navegar por el mar de los placeres hasta...

—Hasta que se ahogue, añadió otro.

—No, no tanto, repuso Manuelito, procuraré sacarlo sano y salvo.

A partir de este momento, Gumesindo no volvió á separarse de Manuelito.

D. Trinidad, D.^a Candelaria y las niñas habían tenido tiempo de ver la concurrencia del Zócalo, de haber vuelto al hotel y de almorzar, esperando de un momento á otro á Gumesindo; pero dieron las tres y media, y suponiendo que lo verían en el teatro Nacional, adonde los había convidado Gutiérrez, salieron del hotel. Pero pasó la representación, la familia fué á tomar helados á la Concordia, volvió al Hotel y Gumesindo

no había llegado. Fué al circo, se acabó la función y Gumesindo no parecía.

—Ese muchacho se ha extraviado, dijo D. Trinidad.

—En las calles de México y con tantos gendarmes que den razón, no es posible, objetó Gutiérrez.

—Le habrá sucedido alguna desgracia, exclamó D.^a Candelaria.

—No tenga V. cuidado, señora, Tal vez no tarde, estará cenando en la Concordia después de haber ido al teatro.

—No lo crea V., Sr. Gutiérrez. Cenar á estas horas! Usted no conoce á Gumesindo. A las nueve de la noche ya no se puede contar con él. Qué va á cenar tan tarde mi hijo! No, señor; es que algo le ha sucedido.

—Esperaremos media hora y si no viene iremos el Sr. D. Trinidad y yo á mover la policía para que lo busque.

